

Benjamin Péret en 1950. Fotografía de Paul Facchetti

Un aire más puro: itinerario de Benjamin Péret

Héctor Antonio Sánchez

EL 20 DE NOVIEMBRE DE 1941 ZARPÓ de Marsella, con destino al puerto de Veracruz, un trasatlántico portugués, el “Serpa Pinto”, cuyo trayecto realizaría breves estancias en Casablanca y en La Habana. Llevaba a bordo tres notables pasajeros: el crítico alemán Paul Westheim, el escritor Benjamin Péret y la pintora Remedios Varo, que a mediados de diciembre tocaban tierra en el Golfo de México.

Es significativa, mas no extraña, la coincidencia de los tres intelectuales en esa travesía. Después de todo, se contaban entre los pensadores y artistas europeos que en la década de los 40 emigraron a México huyendo de los horrores de la guerra, en un proceso que insuflaría nuevos bríos al arte y la literatura de nuestros rumbos y que, también, habría de arrojar otra mirada sobre la herencia precolombina.

Para Benjamin Péret, el éxodo iba precedido de una doble espera: la posibilidad del viaje mismo, con todos los prolijos reveses de un tiempo de guerra y —no menos importante— la vacilación de Remedios Varo, su compañera desde la Guerra Civil Española.

En efecto, ya en 1938 Péret comunicaba en una carta a René Magritte su intención de hacerse a la mar, “a Tampico o la Vera Cruz”, y le solicitaba incluso que investigara sobre un carguero “que no asegurara un servicio regular”, puesto que tal era para él demasiado caro: fue justamente monetaria la razón por la que fracasara esta primera tentativa de partir. Una escasez que será un signo constante en su existencia, oscilante siempre entre la carestía y la franca penuria.

La otra espera no fue menos sinuosa: también, como a una sombra recurrente, el escritor deberá adaptarse a los vaivenes emocionales de la pintora. Ya en 1937, en su primera época en París, debió disputar su favor con el pintor surrealista Esteban Francés, en el estudio que los tres compartían en Montparnasse. En marzo de 1941, cuando la pareja pasa a Marsella, Varo vive un romance con Victor Brauner: al final la situación decanta a favor de nuestro autor.

Marsella era entonces el refugio de una diáspora de eminencias reunidas por el infortunio: André Breton, Wilfredo Lam, Max Ernst, André Masson, Marcel Duchamp, entre tantos otros. Victor Serge lo describió con hondura: “tantos talentos y especialistas como los que podrían haberse convocado en París en sus días de esplendor; pero ya no quedan más que hombres perseguidos, al borde de sus recursos nerviosos...”. Finalmente, el favor de Peggy Guggenheim concedería a la pareja la posibilidad del viaje, disuadida por Breton, Masson y Helena Rubinstein.

De Péret ha sido señalada la importancia en la hora del surrealismo —será fiel al movimiento, y a Breton, hasta la tumba, aun entre la posguerra y el ascenso del existencialismo—, así como sus ecos en páginas de César Moro, Enrique Molina y, notablemente, nuestro Octavio Paz, que siempre lo ensalzó. También ha sido apuntado el amplio desconocimiento de su obra, que en nuestra lengua alcanza apenas unos pocos títulos. Debemos a Fabienne Bradu la reconstrucción de los hechos y la traducción de la miscelánea que produjo en nuestro país.



Benjamin Péret y Remedios Varo

Más difícil parece elucidar los signos de su personalidad. Inexpugnable dilema del biógrafo: podemos recrear las escenas pero no al actor, como no podemos asir al fantasma o a la sombra. Si algunos testimonios lo sitúan como un ser hostil, otros lo quieren optimista; otros más, como alguien incompatible con los asuntos prácticos de este mundo. Paz lo llamará “incorruptible”: alguien que nunca dejó de confiar en la vida.

Diversa de la de otros emigrados, la relación de Péret con México fue más bien tirante. Sus primeros años en el país padecen un cierto ahogo, la falta de oxígeno por la elevación del altiplano central: “a 2500 metros, uno se cansa rápidamente”. Pero no fue la orografía su principal padecimiento, sino el profundo repliegue ante una civilización que se le resistía: se sentía entonces “casi tan aislado como en una isla en medio del Atlántico”. Y más: “me aburrí profundamente. México es un país que sólo se interesa en México... y ya es un eufemismo hablar de cultura. En realidad, la mitad de la población no sabe leer ni escribir”.

Apenas parece participar de la bullente actividad de esos años; además, por su filiación trotskista, se topará con varias puertas condenadas. Así, deberá realizar a destajo oficios diversos, en general mal remunerados: artículos sobre música, clases de francés, bibliotecario del IFAL.

Gunther Gerzso recordaría años después la honda modestia de Péret y Remedios Varo en la casa cinco de una vecindad en la calle de Gabino Barrera: hoyos en el piso donde se acumulaban las colillas, objetos devocionales coleccionados por la pintora —piedras, conchas, cristales, pedazos de madera imantados de un aura mágica— y, única y callada pompa, dibujos en las paredes de Tanguy, Ernst, Picasso. El mismo Gerzso preservaría en un óleo la atmósfera de aquel sitio de reunión para amigos como Leonora Carrington y Renato Leduc; Wolfgang Paalen y sus mujeres, Alice Rahon y Eva Sultzer; Kati Horna y Xavier Villaurrutia, y demás. También había

visitantes indeseables: la vecindad estaba infestada de ratas que el escritor buscaba exterminar con veneno y que la pintora secretamente alimentaba con queso, en un duelo infatigable.

Episodio curioso: la casa daba a un terreno baldío donde un hospital depositaba sus desechos; parece que Péret vio allí un día una mano envuelta en periódicos. Pasada la revelación de que el surrealismo vivía en México, la mano se coló a dos relatos escritos por la pareja, en los que resulta una intromisión francamente caprichosa y más bien incongruente. Esto, lo sabemos, no es extraño al movimiento: muchos de sus textos, por sus propios métodos de creación, han llegado a nosotros nublados por una cierta criptografía y aun por un involuntario hermetismo. Por desgracia, lo que en pintura puede ser sugerente o enigmático resulta a veces impenetrable en literatura: ocurre con algunos poemas y cuentos de Péret. Sus textos críticos testimonian otro aislamiento: intervienen en la discusión coetánea en revistas internacionales —sobre literatura, política o arte— pero nunca refieren temas o autores contemporáneos mexicanos.

En cambio, sí tocan el pasado remoto de México. Sus primeros acercamientos van imbuidos de ese aire denso, no sólo del altiplano, sino de la guerra de la que apenas escapara. Digámoslo con claridad: Péret participa de un proceso hartado más amplio, por el que la tradición occidental se examina a sí misma, ante el horror y la caducidad de su propia imagen, e incorpora el flujo de otras tradiciones al torrente del arte. Tardíamente desembocan las aguas mexicanas en ese decurso: mucho antes, los artistas y teóricos europeos —Picasso y Worringer; Gauguin y Karl Nebel— han explorado las formas africanas, polinesias, orientales, ante la insuficiencia de la estética marcadamente evolucionista de una civilización que en aquellos días parecía próxima a su consumación.

Péret vio las obras mesoamericanas con una mezcla de horror y fascinación. Fascinación: los antiguos estilos mexicanos se hallan para él más cercanos al impulso primordial de la creación que el siempre

racional canon griego. Horror: recuerda que ese arte tendió a petrificarse de mano de la religión y del Estado. Y ninguna de sus expresiones produjo formas tan pavorosas como el arte mexica, que en las imágenes de Péret mucho remite a los desastres de la guerra: una escultura y una arquitectura que exigen el sacrificio, que quieren la sangre.

Hacia 1945 esta visión parece aligerarse. Año de gran actividad creativa, acaso animado por el júbilo de la inminente liberación, es también escenario de la experiencia más feliz de Péret en México, y del texto que de ello da fe: “El descubrimiento de Chichén Itzá”. La felicidad nunca es completa: fiel a su naturaleza, Remedios Varo comienza una relación con Jean Nicolle, un apuesto piloto hospedado con la pareja. La poca disposición de la pintora a las grandes distancias, y acaso su deseo de privacidad, inauguran una serie de travesías en solitario para el autor, que recordará su visita a la ciudad maya en una prodigiosa síntesis de relato de viaje, estudio de arquitectura, indagación del mundo mítico e imaginación poética.

Uxmal, Campeche, Oaxaca, Cuernavaca: seguirán nuevas exploraciones del país, en un natural proceso de separación, hasta el ansiado regreso a París en 1947. También allí irá solo: en adelante, Remedios Varo, su esposa legal hasta la muerte, será sobre todo una presencia epistolar, mas siempre querida.

Tampoco con México romperá del todo. En 1949, ya en Francia, firmará un largo poema épico, *Air mexicain*: sus imágenes provienen de las cosmogonías antiguas, de la historia moderna, del paisaje, y están tocadas más por la luz que vio en el reino maya que por el horror que atisbó entre los aztecas. Sí: es una suerte de reconciliación, y el texto más hermoso que dedicó al país. Acaso, pensado desde “una ciudad habitable”, el aire de esa región del mundo que le produjo emociones tan dispares, pareció al cabo menos turbio, más amable, más respirable. Pero cómo podríamos ya saberlo; Benjamin Péret fue hasta su muerte, acaecida en 1959, un hombre profundamente crítico. ▀